

**29 DE FEBRERO:
SAN AUGUSTO
CHAPDELAINÉ, EL
SANTO DE LOS
AÑOS BISIESTOS**

Poco más de un año duró la misión del santo francés en China antes de ser torturado en una jaula y decapitado



Juan Luis Vázquez Díaz-Mayordomo 29 de Febrero de 2024

San Augusto de Chapdelaine. Capilla de las Misiones Extranjeras de París. Foto: Misiones extranjeras de París.

Lo bueno de que la Iglesia recuerde a un santo solamente cada cuatro años es que ese día, aunque sea solo por curiosidad, muchas miradas se asoman a su biografía. Es el momento, por ejemplo, de reparar en la vida de san Augusto Chapdelaine, uno de los numerosos mártires que han dado su vida por la fe en China. Augusto nació el 6 de febrero de 1814 en Coutances, un pequeño pueblo del noroeste de Francia. Desde joven se empeñó labrando la tierra en la propiedad de sus padres. Lo hacía con tanto ahínco que de él se decía que trabajaba por cuatro personas. Por eso, aunque deseaba consagrarse al Señor, su familia le retenía al considerarlo imprescindible para el trabajo. El anhelo de Augusto se cumplió, paradójicamente, tras la muerte de dos de sus hermanos: sus padres se vieron obligados a vender parte de sus tierras y este desahogo permitió al joven emprender su camino.

Así, ingresó en el seminario a la edad —tardía para aquel tiempo— de 20 años. Se ordenó sacerdote en 1843 y su obispo lo envió de párroco a Boucey, un destino que, sin embargo, no agradó a Chapdelaine. «No me hice sacerdote para aquellos que ya conocen a Dios, sino para aquellos que no lo conocen», se quejaba. Aun así, obedeció hasta que su obispo le dejó ingresar en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, en 1851.

Al año siguiente, sus nuevos superiores le enviaron en misión a la región de Guangxi, en China. Después de varios meses de viaje, durante los que su barco se desvió por una tormenta, Augusto llegó a Macao el día de Navidad de 1852. Dedicó casi un año a aprender el idioma y, cuando se adentró en el país, fue asaltado por unos bandidos, lo cual retrasó aún más su llegada a la misión. Finalmente, pudo celebrar su primera Misa en la localidad de Yaoshan el 8 de diciembre de 1854, el mismo día en que Pío IX proclamaba el dogma de la Inmaculada Concepción.

Una *mudanza* cada cuatro años

No es que el santoral los recuerde solo cada cuatro años. Los santos cuya memoria celebra la Iglesia en el día adicional de los años bisiestos tienen su lugar habitual cada 28 de febrero. Lo que ocurre en esos años excepcionales es que su fiesta se traslada al día siguiente para que no quede un día del año sin santo que recordar. De este modo, aquellos que acompañan a Augusto Chapdelaine en su *mudanza* cuatrienal son el Papa san Hilario, que afianzó el primado de Roma confirmando lo estipulado en los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia; san Osvaldo de Worchester, que introdujo la regla de san Benito en muchos monasterios de Inglaterra, y la beata Antonia de Florencia, madre de familia que tras enviudar fue la primera abadesa del monasterio florentino del Corpus Christi.

Poco duró la dicha del santo, porque tan solo diez días después fue detenido por ejercer actividades misioneras ilegales. Le dejaron libre con la condición de marcharse, pero el misionero volvió a los pocos meses, logrando la conversión y el Bautismo de muchas familias. Ese éxito llamó de nuevo la atención de las autoridades, que lo arrestaron otra vez, ya para no soltarlo más. Lo primero que hicieron con él fue abofetear su rostro 150 veces hasta derramar sangre. Luego le dieron 300 latigazos en la espalda. Cuando parecía muerto, se levantó como si nada diciendo: «Es el buen Dios quien me protege y me bendice». Entonces fue torturado impidiéndole respirar en una jaula construida para ello, hasta que el 29 de febrero de 1856 fue finalmente decapitado.

Su muerte fue utilizada después por Francia para provocar, por intereses comerciales, la segunda guerra del Opio.

Por su parte, China intentó desmitificar al santo, acusándolo de espía y violador. Sin embargo, «en su proceso de canonización la vida de Chapdelaine fue examinada cuidadosamente», afirma el padre Jean Charbonnier, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París y especialista en los mártires de China. El misionero forma parte así de una pléyade de mártires «cuya valentía y sacrificio constituyen una rica contribución espiritual a la Iglesia universal», concluye Charbonnier.